

GRIETAS EN LA PARED

Monólogo para un actor o una actriz

A Lorena

Autor: Tadeus Calinca

ACTOR O ACTRIZ: Vivimos en una permanente ilusión. Pensamos, por ejemplo, que nuestro cuerpo tiene límites. Ahora mismo camino y observo cómo mis pies entran en contacto alternativamente con el suelo, y mi cuerpo se desplaza. Las manos y los brazos se unen y se separan. Los límites entre unos y otros parecen claros, podría hacer muchas frases para describirlos y me costaría mucho encontrar los verbos correspondientes.— Pensamos, también, que las casas en que vivimos son inamovibles, casas como esta, con sus cuatro paredes perfectamente rectilíneas que nos prometen un orden. ¡Miradlas! Yo tengo una cerca y quiero tocarla. ¿Quién no tiene en la memoria un concepto claro de lo que es una pared? No hacen falta palabras para indicaros lo que en sí mismo es el esqueleto o el esquema de una idea mayor. Escuadras, formas rectas, puntos equidistantes entre la base y el techo, líneas que se elevan en vertical sobre un plano. Hay en esta quietud una promesa de lo inmóvil y constante.— Miramos por la ventana y pensamos que aquella montaña siempre estará en su sitio. Reconocemos al instante sus formas inmutables: la cima dividida en dos lomas casi gemelas; la ladera umbría, que se va haciendo menos escarpada a medida que se acerca a los barrios altos de la ciudad. Distinguimos las rocas de perfil familiar, y algunas cuevas que tienen nombre propio, los cuales no quiero mencionar ahora. Montaña de siempre. Su alargada sombra parece repetirse todas las tardes.— Así lo creemos.— Cuando vamos a la gasolinera con nuestro vehículo particular siempre hay combustible para el depósito. Un empleado sale para atendernos, selecciona la manguera adecuada, la del gas-oil o la de gasolina sin plomo, ¿cuánta quiere?, quince litros; bajo la atenta mirada del cliente el contador gira frenético, de hecho hay dos contadores,

uno para los litros y el otro para el dinero, ¿cuánto es?, aquí tiene, cogemos el cambio y volvemos al coche. Después vendrá la carretera acostumbrada, el puente de hierro sobre el río, quilómetros nítidamente señalizados que te llevan a esta ciudad o a aquella otra. ¡Te prometen una dirección, son un amistoso canto de sirenas! A cada lado de la carretera hay líneas pintadas de color blanco o amarillo, en el centro de la carretera las líneas son a veces continuas y otras veces interrumpidas, pequeñas franjas separadas por espacios vacíos. ¿Qué decir de las señales de tráfico, azules o blancas, triangulares o redondas, o de los carteles indicadores donde leemos nombres y cifras? Conducir en estas condiciones lineales nos transporta al bienestar y nos hace sentirnos seguros. ¿Podríamos imaginar un camino completamente negro en medio de la noche, un camino de asfalto negro sin ninguna línea o señal?— Llegamos por fin a casa, la llamamos “casa” pero en realidad no es más que un pequeño apartamento en un gigantesco edificio de muchas plantas. Entrada principal, vestíbulo, tres escalones, ascensor, pasillo, puerta de entrada, ¡ya estoy!— Las paredes de mi piso me esperan inmóviles, son la garantía de lo estable. Las contemplo. Golpeo con los nudillos sobre su superficie y obtengo el mismo sonido vacío de siempre. Veo, de repente, algo extraño. Delante de mí aparece una grieta, una finísima línea que se ha abierto paso en la pared. ¿Dónde ha nacido?, me pregunto. Le paso la yema de los dedos por encima y noto el minúsculo escaloncito que se ha formado en la superficie blanca. Esta fisura solitaria es tal vez el testimonio de algo más grande, de fuerzas que van más allá de este humilde habitáculo. Hay otra debajo de la ventana, incluso parece bifurcarse en una línea nueva que se va adentrando en la pared. ¿De dónde surgen?, me pregunto.— Hay que salir a la calle, deshacer el camino e ir hacia fuera, desde allí contemplamos el formidable bloque de apartamentos, erguido en medio de este espacio urbano que contiene parques donde juegan los niños y alguna fuente ornamental, y que está rodeado de calles asfaltadas, amplias aceras y semáforos. Cuesta creerlo cuando lo miramos desde abajo y apreciamos su soberbio tamaño, cuesta imaginarlo, pero es verdad: el edificio oscila. Lo hace de manera ligera e imperceptible, sus materiales se dilatan, se contraen, hay cierta elasticidad en las imponentes vigas de acero y los revestimientos de hormigón, hay un microscópico movimiento de oscilación, como el de un tallo de hierba cuando sopla una tenue brisa en medio del bosque.— Aquí tenemos otra grieta, traza una línea casi paralela al canto de este pilar, la

forman diminutos dientes de sierra que han ido resquebrajando poco a poco la fina capa de cemento.— El coloso está vivo, el gigante de hormigón palpita como un animal. No hay nada dejado al azar. Algún ingeniero ha calculado con exactitud la resistencia de la estructura, sabe que los pilares principales absorberán el imperceptible vaivén de esta inmensa mole.— El residente no percibe nada de todo esto. Está convencido de que las cuatro paredes de su rectilínea vivienda están detenidas en el espacio.— Se equivoca.— Puede darse también un terremoto.— La corteza terrestre se ha desplazado ligeramente bajo nuestros pies, ¡pero nosotros creíamos que el suelo era firme! ¡La tierra que piso: a ella me aferro, a ella pertenezco! ¡Un golpe terrible de la naturaleza se cierne sobre esta tierra vieja donde hemos vivido! ¡Levantad la cabeza! ¡Levantadla entre manos temblorosas!: ¿No ves cómo caen casas que son maravillosas? Se agrietan las columnas más sublimes, y se ve de repente, sobre la pulida superficie de mármol, una hendidura diminuta que rompe el dibujo de la escultura. ¡Se hundan techos que tenían siglos, mira cómo caen a trozos las tejas y las bóvedas! En el jardín hay una figura esculpida en piedra, un dios, una ninfa, sus contornos han quedado desfigurados por una microscópica fisura.— Pensamos que siempre estará aquello que conocemos. Esta es nuestra confianza cotidiana. Lanzamos desperdicios a la playa sin saber que la arena es un organismo vivo, y nuestra basura una herida en su cuerpo. Cojo el coche y me desplazo a mi playa predilecta. Debería saber de dónde se ha extraído el hierro que forma el chasis, pero no lo sé, sigo conduciendo, debería saber de dónde proviene el caucho de los neumáticos o el cristal de las ventanas, pero no lo sé, nunca lo he sabido, continúo adelante. Explota, en el interior de los cilindros, el gas-oil. Ha nacido en la tierra, se evapora en el aire, entra en nuestros pulmones, se eleva hasta la estratosfera, donde se acumula y no hace otra cosa que seguir vivo.— Cuando estamos solos en nuestras casas pensamos que somos un único ser vivo entre naturaleza muerta. Es un error. ¿Dónde comienza mi frontera? ¿Cuándo surgió aquello que soy? Así fue también entre nosotros, ¿te acuerdas?, entre tú y yo.— Nos creíamos una suma de dos individuos entrelazados el uno al lado del otro, con el otro, pero en todo momento separables: cualquier persona que nos conociera podría identificarnos fácilmente. Dirían: “tú eres tú”, y después añadirían: “y esta persona está contigo ahora mismo”.— ¿De qué estoy hablando?— Así fue entre tú y yo,— ¡tú y yo!— ¿Qué es eso?— Hablamos de ti y de mí,

de nosotros.— Tú y yo.— Lo que yo soy con el tú que eres tú, individuos separados por fronteras visibles, ¿quién podría dudarlo? ¡Yo! ¡Yo dudo!— Personajes de algo que parece un edificio de contrapesos y contrafuertes, y al mismo tiempo un hábitat en frágil equilibrio. ¡La puerta está abierta: venid al bosque con vuestras sierras mecánicas y habréis deshecho un hermoso vínculo!— A veces parecíamos guardar silencio, permanecíamos inmóviles o al menos cerrábamos los ojos en el abrazo. Unidos en nuestra propia sombra engendradora en un algo que resulta incomprensible y formidable.— ¡Tensión, distensión, equilibrio de fuerzas y de medidas! ¡Habría que aplaudir nuestra brevísima historia de amor! ¿Qué duró? No lo sé, midámosla: ¿tres semanas?, ¿dos meses?, ¿cómo se hace para obtener el cálculo?, ¿cómo se obtiene el cómputo general?— ¿Qué importa?— Arquitectura del aire que penetra la línea del tiempo. Aquí la tenéis: una insustancial historia de amor difuminada en el tiempo. ¡Celebrémosla entre todos! ¡Aplaudamos! Harían falta banderas multicolores en el techo, ¡haría falta una noche de verano bajo la luna! ¿Dónde están las orquestas y los faroles llenos de luz, dónde está la gente que lanza confeti al sonido de una música de fanfarria, dónde están los bailarines de pies alados y ánimo encendido? ¡Alargad los brazos hacia arriba, golpead fuerte con las palmas! ¡Así, bien fuerte! ¡Aplaudamos todos juntos! ¡Aplaudamos este amor que no ha existido apenas si se observa desde fuera, que no ha roto nada que sea visible! ¡Alabada sea nuestra historia de amor en forma de grieta imperceptible, alabado sea este episodio insignificante! ¿Quién se detendría a mirar sus diminutas huellas sobre el mapa de las noches y los días? ¿Quién le dedicaría una frase o una simple mirada?— La sombra de la montaña alarga sus hilos a través de las ventanas. Como antes, como cada día.— Observo una vez más la lisa superficie de la pared en este claroscuro, pero prefiero que sea el cuerpo el que experimente. Pongo las manos y los brazos sobre la pared, también los lados de la cara y el pelo.— Con los ojos cerrados me acerco a lo que parecía no existir.— Y hablo contigo.— Durante largos años he ignorado tu latido, pero ahora me llega con un temblor indefinido.— Hablo contigo, que separas el interior del exterior, hablo contigo en este límite notable, recorro con los dedos la trayectoria casi imperceptible de la grieta que se va abriendo paso en tu piel herida.— ¿Cómo he podido pensar que no te movías conmigo, o que yacías muerta a mi lado?— ¿Cómo he podido pensar que tu viaje no era también mi viaje?

FI